

La mañana sin oficio

Lo primero que tenía que hacer era encontrar una corbata. Podría haberme dicho igualmente que me presentara con un pañuelo, pero fue claro en sus indicaciones: ¿le importaría presentarse en nuestras oficinas con chaqueta y corbata? A lo que contesté que en absoluto, que estaba muy bien, de acuerdo, con corbata.

Cuando le pregunté al portero por la empresa del anuncio me indicó las escaleras con un empuje de barbilla. Nada más entrar vi a varios jóvenes ataviados con las prendas exigidas. Dije mi nombre a una señorita y rápidamente vino alguien a atenderme. Pero pase usted, por favor. ¿Ha encontrado el lugar fácilmente? ¿Ya lo conocía? Pues verá, yo no le voy a contar en profundidad en qué consiste el trabajo que aquí se realiza, y naturalmente le diré por qué: dentro de unos minutos, uno de mis compañeros (al que tendrá usted ocasión de conocer) dará una conferencia informativa sobre los propósitos de nuestra empresa. Señor Gil, ¿le importaría contestarme a unas preguntas? No, no se asuste, es un simple formulario y, mientras lo cumplimentamos, hacemos tiempo hasta que de comienzo la charla-coloquio que, pienso sinceramente, le va a interesar. Ahora, por favor, si es usted tan amable: ¿Edad? ¿Estado civil? ¿Universitario? ¿Bachiller? ¿Otros estudios? ¿Experiencia comercial? ¿Posee simpatía personal? (se apresuró a escribir que sí, y depositó en mí una corta y babeante sonrisa). ¿Busca ser un buen profesional? ¿Aspira a un brillante futuro? ¿Es capaz de tomar decisiones valientes? ¿Le gusta el trabajo bien hecho? ¿Cree en la superación personal? ¿Se considera vendedor? ¿Quiere crecer tanto como ambiciona? Bien, bien; si es así, y viéndole no tengo la menor duda, creo (y me alargó al mismo tiempo una mano viscosa) que pronto estaremos en las mismas filas. Ahora, Félix —me permite que le llame Félix, ¿verdad?—; pues bien, Félix, le voy a dejar durante unos segundos. En seguida estaré con usted en la conferencia y podremos, si así lo desea, comentarla juntos.

Cuando se fue, me hundí de nuevo en el periódico a la búsqueda del trabajo imposible, pero por los subrayados que ya había hecho comprendí que ya no me quedaban más oportunidades. Sólo me faltaba por leer los anuncios de masajes y saunas: pequeños antipoemas verdaderamente atrayentes. «Reina Venus: está incompleta, le falta el Rey que eres tú. Nosotras te lo haremos sentir». O este otro, con ínfulas expansi-

vas: «Si estás por Madrid o de paso, y eres exigente y deseas compañía alto nivel lanca/os, modelos, artistas y mulatas, de 18 a 30 años, con o sin idiomas. También a domicilio, hoteles, etcétera. Discreción total.» «¡¡¡G r a t i s!!! Película super 8 PORNO.» Otros son de carácter sensiblero: «Tengo treinta años. Aspecto agradable. Me siento solo. Busco mujer entre los veinte y los treinta años. Seriedad. Prometo calor.»

La sala se fue llenando sin que me diera tiempo de concluir mi abismal lectura. Al fondo había un pizarrón. Un hombre de mediana estatura, con nariz de pájaro afiebrado, un genuino vendedor de cualquier cosa, apareció junto al encerado, y sin más dilaciones dibujó un triángulo equilátero. Mi informante se sentó junto a mí y me pasó un cuaderno y un bolígrafo por si quería tomar notas. El conferenciante echó un vistazo a la platea, esperó a que todos estuviéramos callados, y como si esperase que una luz cenital le iluminara, se quedó unos segundos casi traspuesto.

El triángulo que acabo de dibujar —comenzó con mirada de profundo esfuerzo— es nuestra empresa. Como pueden ver, es una figura vacía. Digamos, utilizando una fácil metáfora que espero no les resulte insultante, que en cierta manera el triángulo está como ustedes ante mí: vacíos. Sin embargo, para eso estoy yo aquí (**¡Vete! ¡Atrás! ¡Largo de aquí, oh demonio Apopi!**); para darle sentido a ese triángulo, y para que cuando esto suceda, ustedes tengan una idea clara, *hic et nunc*, de qué es *Clen & Cono*. (En verdad, **lleno de miedo estás! Mírame, ¡yo soy Ra! ¡Yo siembro el terror!**) Hay personas (*dramatis personae*) que han venido en otras ocasiones a esta sala, y, no se lo voy a ocultar (tras las cortinillas de gasa, los ojos del adolescente observaban la lenta desnudez de la muchacha), se han marchado decepcionados, sin interés... Es normal (la norma es ilusoria). Yo, antes de conquistar (las manos en los bolsillos, apretándose el sexo), les advertiré que este trabajo es para hombres que quieran superarse, para hombres que quieran ser algo en la sociedad (entonces los dioses me cogen y me estrechan en sus brazos), para personas que tengan en su espíritu algo más que dejadez y abandono. Nuestra empresa pide hombres nuevos que no se arrastren. Esas personas a las que he aludido (aludir es, por lo general, referirse indirectamente o de paso a alguien o a algo) se marcharán de aquí, pero ¡ojigan bien esto!: se marcharán de cualquier parte (él se quedaría ahí toda la vida mientras ella se perfuma los senos al otro lado de la gasa que los separa). ¿Y por qué? Porque les falta valor, decisión, confianza en sí mismos (yo, dice el yo, estoy seguro de que estoy seguro de mi misma mismidad). Y sin esto, lo digo muy en serio (estoesmuyserio) no somos nada (...) Hay personas que al escuchar la palabra *marketing* (si este capítulo es recitado por un hombre virtualmente puro, el difunto saldrá tras su llegada al Puerto) vuelven la cara hacia otro lado o hacen un gesto de desinterés (¡puaff, ajj, qué asco!), seguramente porque tienen un concepto equivocado de lo que es el *marketing*, o bien porque lisa y llanamente ignoran (desprecian cuanto ignoran) qué es. A lo largo de esta conferencia ustedes se irán haciendo una idea, *nolens volens*, de en qué consiste el *marketing*, y sobre todo (el gran vértigo del riesgo acicateaba al dios Eros en aquel espacio sagrado) de qué se propone *Clen & Cono*. Quizá sepan que es una empresa

líder en el mercado **(si al menos se acercara un poco más)**. Fue fundada **(los segundos eran precipicios para mi deseo)** por John Jones en Nueva Yorkkk, en el año cincuenta y seis. A mí me gustaría **(deseaba abrir las cortinas y revelar mi presencia)** que ustedes oyeran, en la propia voz de mister Jones, cómo fueron esos comienzos **(Carmen, la criada, jugaba con su cuerpo, alta como la noche)**. Yo **(dije que era una ilusión)** he tenido la suerte de hacerlo **(se acariciaba como si fuera otra, ensimismada)**. Incitado por la compañía como premio a la cota de ingresos alcanzada por mí en el año setenta y siete, fui invitado, como les decía, junto a mi señora **(aquella ceremonia lenta)** a pasar dos semanas en Nueva Yorkkk. No está de más decir que si no hubiera sido por *Clen & Cono*, yo no hubiera podido visitar un país tan fantástico **(ver a Dios no hubiera sido tan revelador)** como ese. Allí tuve la ocasión de conocer a esa persona de la que tanto había oído hablar **(pasos presentidos: cada día al acostarme la esperaba)**. Los comienzos fueron más duros de lo que ninguno de ustedes pueda imaginar. Levantar una empresa tal, una multinacional, única en su rango **(en el sueño me mostraba su sexo)** no es tarea fácil. Se necesitan más que titanes. Si a esto sumamos que esta no es **(siempre allá: un mundo se interponía)** una empresa corriente, donde las relaciones de sus componentes con la empresa misma es trivial, enajenada, etc., sino que nuestra empresa está humanizada al máximo **(era una amazona sobre un caballo blanco, desnuda, atravesando el agua)**, llegamos a la conclusión de que la empresa misma *es* sus componentes. Créanme **(sí, vi su cuerpo, lo espí, lo adoré en secreto)**, aquí somos algo más que compañeros de trabajo. La frase de Terencio «*homo homini lupus*» **(¡eh, de Plauto, la frase es de Plauto, asno sabihondo!)** no tiene el menor sentido entre nosotros. Aquí somos un grupo de amigos que saben adónde van y qué quieren **(sobre aquella tierra tenderla, erupción caliente, volcánica subida de los besos)**. Todo está basado en el respeto, en la consideración. Todo marcha bien **(Isis reconstruye el cuerpo de Osiris como yo te invento al recordarte)**. ¿Saben por qué? La razón es que aquí se gana dinero, **(una moneda resplandeciente asomó su arrogante perfil entre los carrillos obscenos)**. Yo me atrevería a contarles algo de mi propia historia **(ella es el comienzo de mi historia, es decir: de lo que la niega)**. Hasta hace siete años yo trabajaba como perito **(yo, perito del futuro, aguerrido milite de la moneda brillante)** mercantil en una empresa de transporte. Un día **(tan lejano, Carmen, Carmen mía, canéfora impúdica)**, hablando ocasionalmente con una persona que andaba por la oficina **(gacela por los pasillos del caserón)**, le escuché esto: ¿Le gustaría a usted ganar dos millones de pesetas al año? Como comprenderán, mi primera reacción **(fue de embobamiento, el juego solitario)** fue la que tendría cualquiera de ustedes: incredulidad, fastidio, sí, sí, fastidio **(anda, cuéntalo todo: ella sabía que tú la mirabas)**. Entonces ese señor, al que estaré agradecido de por vida **(me llevó más allá)**, me trajo aquí, a este mismos salón **(cierto)**, y me hizo escuchar a quien ahora es uno de mis compañeros. ¿Qué puedo decirles? **(...que el amor...)** La vida no ofrece tantas oportunidades reales **(sobre las sábanas amontonadas, vi)**, y sólo quien es decidido, emprendedor, valiente, lanzado, seguro de sí, un tío como Dios manda,